

y se precipitaban sobre nuestros heridos y nuestras municiones, degollando á aquéllos y robándonos éstas. El general Ballesteros en Asturias se atrevía á salir al campo á unas cuantas leguas de distancia de las tropas del general Bonnet. En Aragón, el terrible escarmiento de Zaragoza sólo había aterrado á la malhadada ciudad, testigo y víctima del asedio. En Cataluña, las acciones de Cardedén y Molins de Rey sólo habían desalentado al ejército del general Vives, y los miqueletes detenían á nuestras tropas en todos los pasos dificultosos ó bien las molestaban en los sitios de Hostarich, Gerona y Tarragona, que tenían encargo de tomar una tras otra. Aunque sólo hubiesen transcurrido dos meses desde que los generales de Napoleón, conducidos por él, habían recobrado con diez batallas la mitad de España, conquistándolo todo desde el Pirineo al Tajo, la noticia de la guerra de Austria, propagada y comentada de mil maneras, reanimó todas las esperanzas, hizo renacer todos los furros y suceder á un terror momentáneo una sed de venganza casi tan febril como la que siguió á la victoria de Bailén. Creíase que Napoleón, precisado á salir personalmente de España, tendría que retirar también en breve sus mejores tropas, y que entonces ya sería muy fácil acabar con las restantes.

También los ingleses, batidos juntamente con los españoles, habían recobrado ánimo lisonjeándose de que la guerra de Austria nos obligaría á sacar de la península nuestras haces veteranas y les permitiría á ellos recobrar el terreno perdido en los dos meses que Napoleón había estado allí presente. El ejército del general Moore, que debiera haber perecido en su retirada por Galicia, pero que, aunque perseguido con flojedad, había perdido sus caballos, parte de su material de guerra y una cuarta parte de su fuerza efectiva, había regresado á las costas de Inglaterra. Reforzábase en ellas con gente de las famosas milicias destinadas en otro tiempo á contrarrestar la expedición de Boloña, y cuyas reliquias, desde que en Inglaterra ya no se acordaba nadie de semejante expedición, suministraban abundantes elementos de reorganización. Poniendo así en conmoción el mundo entero, había Napoleón hecho brotar soldados en todas partes. La Inglaterra, juzgando rectamente que la guerra de Austria era una nueva ocasión con que le brindaba la fortuna, y que convenía no perder, había resuelto hacer en la campaña actual los mayores esfuerzos para atacar á Napoleón por todas partes y ponerle doquiera obstáculos y peligros. Había proyectado no solamente repetir una expedición á la península, á pesar del mal éxito que había tenido la del general Moore, sino también organizar otra formidable contra las costas de Francia, Holanda y Hannover. La precisión en que estaba Napoleón de dejar desguarnecidas las costas del continente desde Bayona hasta Hamburgo, ofrecía muchas probabilidades de poder destruir las grandes escuadras construídas en Rochefort, Lorient, Brest, Cherburgo y Amberes. La idea de invadir el Escalada, entregando á las llamas los soberbios astilleros que se alzaban en sus márgenes, tenía muy particularmente ocupado al gabinete británico provocándole á redoblar su celo. En efecto, lo menos que este gabinete podía hacer por el Austria y en su interés propio, era recorrer el litoral europeo á sangre y fuego para desviar de Viena y de Madrid una parte de las

fuerzas dirigidas hacia las dos capitales. Pero mientras adquirían la fijeza necesaria estos vastos planes de destrucción, lo más urgente era atender á España, á la cual había que socorrer sin tardanza si no se la quería ver sucumbir antes que el Austria consiguiese desviar de ella la tormenta. De las tropas inglesas que habían quitado el Portugal al general Junot, y que reforzadas después habían concurrido á la expedición del general Moore en Castilla, una parte había quedado en las cercanías de Lisboa entre Alcobaza y Leiria, bajo las órdenes del general Cradock. Habíaselas reforzado con toda diligencia con destacamentos sacados de Gibraltar é Inglaterra; resolvióse reforzarlas de nuevo, haciendo de ellas un ejército capaz de disputar el Portugal al mariscal Soult. Podía ya sin dificultad darse empleo á sir Arturo Wellesley, que era el verdadero libertador de Portugal, y que había sido absuelto de toda tacha relativamente al convenio de Cintra por el tribunal encargado de juzgar á sus autores. Su renombre naciente, su incontestable mérito le hacían designar como el caudillo natural de la nueva expedición. Salía garante, según él mismo decía, de tener ocupados á cien mil enemigos por lo menos, de conservar el Portugal, y, una vez conseguido esto, de hacer para siempre precaria la situación de los franceses en España, con solos treinta mil ingleses, otros tantos portugueses y unos cuarenta mil hombres de milicia del país, cuyo coste total para el tesoro británico sería de setenta ú ochenta millones anuales. Apreciando con exquisito juicio los acontecimientos de las dos últimas campañas, echó de ver inmediatamente la línea de conducta que debían seguir los ingleses en la península, y á pesar de los temores de aquellos á quienes la malhadada expedición de Moore había conternado, aseguraba que siempre sería posible volverse á embarcar á tiempo, sacrificando á lo sumo el material de guerra; y llegaba su previsión hasta el punto de designar de una manera casi profética cierta posición en la cual, apoyado contra la mar y al amparo de sus atrincheramientos, había de mantenerse firme por espacio de años enteros contra los ejércitos victoriosos de la Francia. La confianza que este general inspiraba por su carácter y buen seso, había triunfado de la repugnancia que tenía su gobierno á enviar nuevas expediciones al interior de la península, consistiendo principalmente su plan en no alejarse de Portugal sino lo menos posible, y en hacer precaria la situación de los franceses en Madrid por la mera presencia de los ingleses en Lisboa. Decidióse, pues, enviarle con las fuerzas necesarias para hacer subir á treinta mil hombres el ejército británico en Portugal, y con los precisos elementos de municiones y numerario para hacer posible la formación de un numeroso ejército portugués. El entusiasmo de los portugueses por la insurrección, que había llegado á su colmo desde la expulsión del general Junot, autorizaba á esperar todo de su parte: los naturales en efecto salían al encuentro de los ingleses y se prestaban dóciles á sus lecciones militares con un celo que sólo podía dimanar de la más ardiente pasión.

Tales fueron las mudanzas ocurridas en la península al mero anuncio de la guerra con el Austria: de sumisa que parecía estar España al dejarla Napoleón, se había ya convertido en sediciosa; de abandonada al parecer

por sus aliados, iba á verse de nuevo auxiliada por los ingleses, y ocupada por ellos para no volver á quedar ya nunca libre hasta el fin de la guerra.

Las instrucciones de Napoleón designaban el mes de febrero como época oportuna para la entrada del mariscal Soult en Portugal. Había supuesto que este mariscal, llegado que hubiese á Lisboa en el mes de marzo, ayudaría al mariscal Víctor á ocupar á Sevilla y Cádiz casi al mismo tiempo, y que la conquista del Mediodía de la península podría de este modo terminarse antes de los calores del verano. Pero los sucesos iban en breve á demostrar que le era á él más fácil enseñorearse de Viena que á sus mariscales traspasar la línea del Tajo y del Duero. El cuerpo del mariscal Soult, no bien restablecido de las fatigas de su marcha sobre la Coruña, se había reunido entre Santiago de Compostela, Vigo y Tuy, para descansar, rehacerse y reparar el material de artillería, al cual se habían agregado varias piezas de grueso calibre por si ocurría tener que batir alguna fuerte muralla. A pesar de las instancias del estado mayor de Madrid, y del celo que al mismo mariscal Soult animaba, no pudo el ejército de Portugal hallarse en disposición de marchar antes de pasado un mes, esto es, hasta mediados de febrero. Este ejército, compuesto de las divisiones de Merle, Mermet, Delaborde y Heudelet, sacadas unas del antiguo cuerpo del mariscal Bessieres y otras del antiguo cuerpo del general Junot, de la caballería ligera de Franceschi y de los dragones de Lorge y Lahoussaye, no pudo suministrar arriba de veintiséis mil hombres sobre las armas, aunque se había contado con treinta y tantos mil. El cansancio, las lides y los destacamentos habían reducido á este número el efectivo nominal, que era de cuarenta y tantos mil hombres. Todo ya dispuesto, salió el mariscal Soult de Vigo el 15 de febrero. Era su proyecto atravesar el Miño, que forma por aquel lado la frontera de Portugal, forzar su paso algo más abajo de Tuy, muy cerca por consiguiente del desembocadero de este río en el Océano, y adelantarse por la espaciosa vía del litoral desde Braga á Oporto. Pero obstáculos insuperables estorbaron esta marcha, que, según la conformación de aquel terreno, era la más natural y sencilla.

Domina los portugueses por la misma aversión que á los franceses tenían los españoles, y singularmente estimulados por otra parte con la expulsión de Junot, se habían sublevado todos por las sugerencias de sus nobles y de su clero. Habían cortado con barras los accesos de sus ciudades y aldeas y obstruído los desfiladeros, y parecían resueltos á defenderse hasta el último trance. Tocábase por todas partes á rebato, y afluían por doquiera tropes de gente armada conducidos por curas, con crucifijos en las manos (1), y por

(1) La ignorancia de nuestros usos y costumbres hace que los franceses escriban de nuestras cosas más como novelistas que como verdícos historiadores. Los curas acaudillando las turbas con el crucifijo en la mano; las mujeres armadas de puñal y veneno; los *guerrilleros* y los *toreadores*, son tipos abandonados ya al dominio de los poetas copleros y compositores de romanzas sentimentales, que tanto abundan en Francia. Los clérigos que tomaron parte en Galicia en la noble resistencia popular, fueron personas respetables y dignas de figurar en la historia de nuestro glorioso levantamiento. Los abades de Couto y de Valladares y el monje bernardo Fr. Francisco Carrascón ocupan un distinguido lugar en la historia del conde de Toreno. (N. del T.)

magnates de la tierra que blandían sus enmohecidas espadas largo tiempo ociosas en las paredes de sus castillos. Esperando los portugueses la llegada de sus enemigos, habían tenido cuidado de recoger todas las barcas del Miño y de conducir las á la margen izquierda, que era la que ocupaban; y tan escrupulosamente se ejecutó esta medida, que nuestra caballería ligera no pudo hacerse con una sola después de recorrer el campo en todos sentidos.

Viendo esto el mariscal Soult, se propuso bajar por la ribera del Miño hasta el mar y apoderarse de las numerosas barcas de pescadores que pertenecían al pueblo de Garda, situado cerca del desembocadero del río. Halló en efecto en este punto muchos botes que no había habido tiempo de quitar á las tropas francesas, y se apoderó de una gran parte de ellos para transportar cerca de dos mil hombres á la vez. Efectivamente intentó embarcarlos y enviarlos á la otra parte del río, con la esperanza de que tendrían energía suficiente para defenderse contra los portugueses y para restablecer la comunicación entre ambas orillas; pero estábamos reducidos á pasar el Miño cerca de la marina, y las tempestades de aquella estación no permitieron hacer la travesía más que á tres ó cuatro barcas. Desembarcaron en la opuesta orilla unos cincuenta hombres, que se batieron como héroes mientras esperaron ser socorridos, pero que tuvieron en breve que entregar las armas y sus personas á merced de un populacho feroz (2).

Después de esta desgraciada tentativa, el mariscal Soult no tuvo más remedio que volver á subir el Miño hasta las montañas para pasarle hacia Orense, donde creía que no tendría los mismos obstáculos. Púsose en marcha de Tuy á Orense el 16 por la orilla derecha del Miño arriba; pero siguiendo este camino debía salirle al paso el ejército de La Romana, que se había establecido en Orense, como vimos más atrás, separándose de los ingleses. El ejército de La Romana no era de suyo muy temible, pero su presencia ponía en conflagración los ánimos en las poblaciones españolas y portuguesas, á tal punto que las dos naciones tanto tiempo enemigas se tendían los brazos desde una á otra orilla del Miño, jurándose resistir juntas hasta la muerte la invasión extranjera. Los pueblos situados á la margen del río y en las alturas estaban todos defendidos con

(2) Para Mr. Thiers, siempre que los franceses sufren algún descalabro es por obra de un *populacho feroz*. ¡Extraño modo de discurrir! Es decir, que no hay medio de que los franceses sean jamás batidos en buena ley; porque cuando ellos vencen, los españoles y los portugueses son flojos y cobardes; y cuando salen vencidos, son los que defienden su patria y sus hogares *feroces, crueles, bárbaros, fanáticos*, etc. Se equivoca mucho Mr. Thiers; porque si son fanáticos los que defienden con tenacidad y furor opiniones erradas en religión, ¿quiénes más fanáticos que los franceses del tiempo del imperio? Si son bárbaros los que desconocen la civilización moral del cristianismo, ¿quiénes más bárbaros que los famosos ejecutores de los atentados de Napoleón? Y por último, si son crueles y feroces los que se complacen en hacer mal, nadie más cruel y feroz que su ídolo Napoleón, el Leviatán de nuestro siglo, á cuyo impulso fué toda la familia europea maltratada por la Francia, convertida en horda de hunos. Añadiremos sólo, citándonos al hecho que motiva esta nota, que la invasión de Portugal por el Miño no fué repelida por un *populacho feroz*, sino por las tropas del general *Bernardino Freire*, con todo orden y regla. (N. del T.)

barreras y ocupados por gente fanática (1). Adelantóse el mariscal Soult llevando por delante los dragones de Lahoussaye, por la ribera, y la división de infantería de Heudelet por las alturas. Repetidas veces tuvieron los dragones que echar pie á tierra para abrirse camino, tomando las barreras con fusil en mano. El general Heudelet tuvo que tomar muchas posiciones formidables y que hacer terribles escarmientos. Avanzando entre obstáculos de toda especie sólo pudo llegar á Orense el 21, después de haber incendiado, asolado y destruído mucho, y sufriendo pérdidas considerables que hacían muy de temer que sólo llegase á Lisboa con la mitad de su fuerza, dado que llegase. Aun así, no debía prometerse otra suerte que la que había tenido el general Junot en 1808, porque, lo mismo ahora que entonces, no podían tardar los ingleses en aparecer en la playa de Lisboa.

Con sólo que Napoleón hubiese inspirado á sus lugartenientes una sumisión menos ciega, habría en esta ocasión podido prever el mariscal Soult el desastre á que se exponía y pedido nuevas órdenes antes de internarse en una región inculta donde á cada paso iba á verse acometido por una población sanguinaria (2), y donde iba á perder su fuerza para presentarse luego rendido y aniquilado ante el ejército inglés, que era uno de los más rozagantes ejércitos regulares de Europa. Seguramente á Napoleón le hubiera disgustado ver modificadas sus instrucciones, pero siempre menos que el ver dos meses después vencido y desorganizado aquel ejército.

Como quiera que sea, el mariscal Soult, después de haber llevado impelidas hasta más allá de Orense las fuerzas de La Romana, tomó el partido de revolver á la derecha para pasar el Miño y de entrar en Portugal por la provincia de Tras-os-Montes. Era su proyecto dirigirse á Chaves y bajar luego de Chaves á Braga, con lo cual volvía después de un largo rodeo al camino directo de Táy á Oporto, que no había podido tomar. El general español por su parte, repelido de Orense á Villafranca (3), imaginó salir de aprieto por medio de una marcha oculta digna de un partidario. Hallábase á la sazón franco el paso á la alta Galicia, que confina con el reino de León, porque por un lado el mariscal Soult acababa de evacuarla para invadir el Portugal y por otro el mariscal Ney había bajado de aquella tierra para limpiar de enemigos el litoral. Podía, pues, irse allí atravesando la cadena que formaban las avanzadas francesas, las cuales ponían en comunicación las tropas

(1) A esta calificación es aplicable la nota antecedente.

(N. del T.)

(2) *Sanguinaria!* Así diría el lobo de la fábula de cualquiera oveja.

(N. del T.)

(3) El general La Romana no fué á Villafranca repelido, sino por propia elección y conveniencia, á propuesta del ayudante general Moscoso, quien sugirió la idea de atacar á los franceses enseñoreados de aquella posición con sólo mil quinientos hombres y un cañón de á doce que habían encontrado abandonado en el camino. Mr. Thiers omite este hecho de armas, sin duda por ser glorioso para las tropas españolas. Sucedió, pues, que á la embestida de los nuestros, los enemigos se arredraron y metieron en el castillo-palacio de Villafranca; que los españoles mandados por el general Mendizábal comenzaron el ataque de la fortaleza el 17, y que ya iba á entrarse ésta por fuerza, cuando intimada la rendición abrieron los franceses la puerta, y quedaron prisioneros mil granaderos de las más acreditadas tropas. (N. del T.)

de los dos mariscales con las de Castilla la Vieja. Resolvió hacerlo así el general La Romana, aun cuando no fuese más que para causar una gran perturbación en nuestra línea de comunicaciones, reservándose el refugiarse más adelante en Asturias si el mariscal Ney retrocedía para perseguirle.

Mientras el general español iba á causar esta desagradable sorpresa á los franceses, el general Soult tomó sus disposiciones para cruzar la provincia de Tras-os-Montes. Tenía ya más de ochocientos enfermos y heridos de resultas de sus primeras operaciones. El ganado de su artillería estaba en gran parte estropeado de los malos caminos y de la falta de forraje. Resolvió, pues, desembarazarse de todo lo que era de engoroso transporte, y envió á Táy, donde seguía mandando, los heridos y los enfermos y la artillería de grueso calibre, reservándose llevarlos por el camino directo y breve de Táy á Braga cuando se hallase en este último punto. Dejó así depositados treinta y seis cañones y cerca de dos mil hombres en el recinto de Táy, y se contentó con llevarse veintidós bocas de fuego con buenos atalajes y las municiones necesarias. El 4 de marzo atravesó la frontera de Portugal, enviando á decir al estado mayor de Madrid que pronto estaría en Oporto.

La población de esta parte de Portugal estaba apiñada en los contornos de Chaves, con algunas milicias y unos cuantos destacamentos de tropas regladas, bajo el mando de los generales Sylveira y Bernardino Freire. Éstos, que tenían instrucciones dictadas por el estado mayor inglés, habían recibido orden de no presentar batalla y de hostigar sin descanso á los franceses, mántandoles toda la gente que pudiesen en los desfiladeros y dentro de las poblaciones. Con arreglo á estas instrucciones, los dos generales portugueses, después de haber disputado el camino de Orense á Chaves, no querían sin duda detenerse en esta última población y comprometer en ella inútilmente parte de sus fuerzas para defenderla; pero tuvieron que ceder al populacho levantado y dejar allí un destacamento que cubriese la guarnición con el paisanaje, después de lo cual se retiraron á Braga.

El mariscal Soult llegó á vista de Chaves después de varios reencuentros y vió sus muros coronados por un tropel furibundo de paisanos, curas, mujeres y soldados, todos profiriendo amenazas y maldiciones. Podía aquella turba ser capaz á lo sumo de sorprender un convoy ó de asesinar á una columna de heridos, mas en vano esperaba detener á veinticuatro mil soldados franceses conducidos por buenos oficiales; así que, habiéndoles intimado el mariscal Soult que los pasaría por las armas si hacían alguna resistencia, no tuvieron otro arbitrio que entregarle la ciudad de Chaves medio des poblada. Allí encontramos artillería sin cureñas y bastantes municiones. Contigua á la ciudad había una pequeña ciudadela, muy á propósito para defenderse del populacho, y en ella dejó custodiados por una escasa fuerza los enfermos y heridos, que, con la marcha de Orense á Chaves, habían quedado enteramente imposibilitados de seguirle: tal es la triste condición de toda operación ofensiva entre pueblos levantados, cuando sus habitantes unen á una natural ferocidad una obstinada resistencia. Cada herido ó enfermo necesita un soldado útil que le defienda, y siendo la guerra de po-

siciones la que más hombres inutiliza, fácilmente se puede calcular á lo que vienen á reducirse los ejércitos regulares en toda invasión algo extensa y duradera.

Dirigióse el mariscal Soult de Chaves á Braga bajando hacia el litoral tanto cuanto había subido hacia las montañas en su marcha de Táy á Orense. En el camino la caballería de Franceschi y la infantería de Mermet que formaban la cabeza del ejército, tuvieron multitud de obstáculos que vencer. En muchos pasos angostos en que las columnas tenían que alargarse para poder desfilar, y en que la artillería no podía rodar sin grandes trabajos, se vieron acometidos por enjambres de insurgentes que bajaban de las montañas vecinas, y expuestos á ser cortados y destruídos antes de que pudiese la cabeza de las columnas ser reforzada por su retaguardia. Marchaban las divisiones separadas unas de otras por numerosos cuerpos enemigos; finalmente, matando insurgentes y acarreado gran número de prisioneros, llegaron á vista de Braga el 17 de marzo. Estaba allí en posición de defensa el general Freire con diez y siete ó diez y ocho mil hombres entre tropas regulares y paisanaje armado, y queriendo con arreglo á las instrucciones recibidas retirarse á Oporto sin arriesgar la batalla, fué asaltado por el populacho y degollado por varios de sus oficiales, *para escarmiento de traidores* como decían sus soldados. Substituyóle un oficial hannoveriano, el cual tomó algunas disposiciones para batirse al día siguiente (18); pero la plebe que asesina, no suele defenderse con energía en funciones de buena ley: embistió el mariscal Soult la posición de Braga y la tomó sin dificultad, con una pérdida de cuarenta muertos y ciento sesenta heridos escasamente. Mayor la tuvimos en los asaltos de las poblaciones del tránsito. No hicieron nuestros soldados muchos prisioneros, gracias á las excelentes piernas de los portugueses, pero mataron á todos los que no tuvieron tiempo de huir, y los contornos de Braga quedaron cubiertos de muertos y moribundos. De este modo iba tomando la guerra una fisonomía atroz, puesto que para que aquel populacho se cansase de ser cruel, era menester igualarle casi en ferocidad.

Con tomar á Braga no había ganado el mariscal Soult más que una ciudad; pero había logrado algo más, que era enseñorearse del camino directo de Táy por donde podía llevar el material que había dejado atrás. Fuera de esto toda la comarca estaba levantada y más furiosa que nunca: los franceses que caían en manos de los sublevados eran horriblemente mutilados por las mismas mujeres con inaudita barbarie, y sus despedazados miembros afeaban la vía de Braga. Súpose en esto que el depósito de heridos y enfermos que había quedado en Táy estaba bloqueado y embestido por todas partes, y que era menester acudir al punto para que aquellos infelices no cayesen en manos de los frenéticos portugueses.

Aprovechado que hubo los recursos que ofrecía Braga, abandonados por la población fugitiva, encaminóse el mariscal Soult á Oporto, dejando atrás la división del general Heudelet para que ocupase la ciudad conquistada, defendiese los heridos, escalonase el camino y socorriese al depósito de Táy.

Hubo resistencia en el paso del Ave, pero fué vencida y ahuyentados los portugueses, los cuales, también

allí para vengarse del vencedor, asesinaron á uno de sus generales, que fué el brigadier Vallongo. Replegaronse en seguida sobre Oporto resueltos á dar una batalla general bajo sus muros y reuniéronse en número de sesenta mil combatientes entre soldados regulares y gente colecticia: era su general en jefe, general por cierto muy digno de semejante ejército, el obispo de Oporto, que los mandaba en traje episcopal. Aquel populacho, mucho más ominoso á los moradores pacíficos que al enemigo mismo, se había enseñoreado de Oporto, donde ejercía toda clase de vejaciones, obediente sólo al obispo cuando cedía al torrente de sus pasiones: había encarcelado á una multitud de familias francesas, á las que martirizaba en sus calabozos, saqueaba sus casas y amenazábalas con la muerte si el mariscal Soult intentaba entrar en la ciudad. Entre estos prisioneros expuestos á los más grandes peligros figuraba el general Foy, que por exceso de arrojo había caído en sus manos en un reconocimiento. Mucho más atento á cometer crueldades que á levantar defensas, había el populacho portugués construído precipitadamente unos cuantos reductos en el recinto exterior de Oporto, los cuales rodeaban la ciudad formando una línea semicircular que por sus dos extremos se unía al Duero. La ciudad, situada á la orilla derecha por donde aparecíamos nosotros, estaba unida á los arrabales, asentados en la orilla izquierda, por medio de un puente. Las mal entendidas fortificaciones de los portugueses artillaban sin embargo doscientas bocas de fuego de grueso calibre y presentaban un obstáculo que hubiera sido muy difícil vencer á haberlo defendido con medianas tropas; pero aunque subía á sesenta mil hombres, entre soldados y paisanos, aunque estaba defendido con trincheras y doscientos cañones, el ejército portugués y su general obispo eran incapaces de contener á los veinte mil franceses que le quedaban al mariscal Soult.

Llegado que hubo éste el 27 de marzo á Oporto desde Braga, le sorprendió, aunque no le intimidó, el aspecto de los grandes obstáculos que tenía que vencer. No dudaba poderlos sobrepasar todos con los oficiales y soldados que mandaba; mas preveía que la opulenta ciudad de Oporto, la más importante entre todas las de aquel país desde el punto de vista comercial, iba á ser saqueada, y hubiera querido librar de este infortunio á Portugal, á su propio ejército y á la humanidad. Dirigió, pues, una intimación á la plaza por medio de una carta, apelando al buen sentido de las autoridades que la mandaban, y esperó la respuesta arrojando en sus tiendas sin moverse las balas que arrojaba la gruesa artillería enemiga.

Como era fácil de prever, sus intimaciones quedaron sin efecto y resolvió dar el asalto el día 29 de marzo. Para tomar á los enemigos que le esperaban los atrinchamientos de Oporto, por muy formidables que pudiesen parecer, bastaba un ataque brusco y vigoroso: después de formar sus tropas fuera del alcance de la artillería, avanzó el mariscal rápidamente en tres columnas, la de la derecha bajo el general Merle, la del centro bajo los generales Mermet y Lahoussaye, y la de la izquierda al mando de los generales Delaborde y Franceschi. A la señal convenida, arrancando á galope, la caballería barrió las avanzadas del enemigo, después la infantería asaltó las trincheras que cubría un gentío

furioso, indisciplinado, lleno de cólera con las descargas de los cañones, aunque no valiente; escalados los atrincheramientos á la carrera, fueron tomados en todas partes, y nuestras columnas cerrando á la bayoneta con la muchedumbre de los fugitivos la llevaron arrollada hasta dentro de las calles de Oporto, donde reinó en breve una espantosa confusión. Habiendo penetrado en ellas el general Delaborde y atravesándolas á la carrera, llegó al puente del Duero que ponía en comunicación el casco de la ciudad con los arrabales. Confundida la caballería enemiga con la población fugitiva, estaba apiñada en aquel puente de barcas sufriendo la metralla que los portugueses lanzaban desde la opuesta orilla para detener á los franceses; pero el puente cedió al peso y se desplomó con toda la masa viviente que le ocupaba. Suspendieron un instante los franceses su marcha ante aquel horrible espectáculo, restablecieron luego el puente y le atravesaron á la carrera en persecución de los que iban huyendo. Una partida de portugueses que el general Merle había acorralado contra el Duero, intentó arrojar al agua esperando salvarse á nado, pero pereció casi toda en las ondas. Otra partida que había buscado su defensa en el palacio episcopal (1), fué completamente destruída. Pronto los franceses animados por el combate se propusieron á cometer todos los excesos que son la consecuencia natural de una toma por asalto, y se desparramaron por la ciudad para saquearla: mal podían aplacarlos en verdad las noticias que recibían del trato cruel sufrido por sus compañeros. Condujéronse en Oporto lo mismo que en Córdoba; pero ahora lo mismo que entonces nuestros oficiales, llenos de humanos sentimientos, hicieron los mayores esfuerzos para desarmar la furia del soldado, y personalmente intervinieron en favor de los desgraciados que iban á ser ahogados en el río. El mariscal Soult hizo cuanto pudo para restablecer el orden y para dar á su conquista el carácter que á un pueblo civilizado cumple. Este importante ataque le costó á lo sumo trescientos ó cuatrocientos hombres, y á los portugueses de nueve á diez mil entre muertos, heridos y ahogados: ganó además doscientas bocas de fuego.

Los recursos que ofrecía la ciudad de Oporto eran considerables bajo todos aspectos y de gran valor para el ejército. Encontráronse allí muchos víveres, muchas municiones, un considerable material de guerra llevado por los ingleses, y gran número de barcos cargados de vinos exquisitos. Apresuróse el mariscal Soult á poner orden en el uso de aquel botín, para que el ejército no careciese de nada y para que los habitantes tranquilizados fueran poco á poco acostumbrándose á los vencedores. Pero la exasperación contra la soldadesca había llegado al colmo. Más allá del Duero toda la población de la campiña se había unido á los vencidos de Oporto y á los ingleses, que ocupaban en aquella sazón el camino de Lisboa. Nuestro ejército, reducido á veinte mil hombres todo lo más, tenía ya una de sus divisiones destacada en Bragá: fué preciso destacar otra á Amarante, más arriba de Oporto, para defender la corriente superior del Duero. Véase, pues, en la nece-

(1) Esto está equivocado: doscientos portugueses esforzados se defendieron en la catedral hasta que no quedó uno con vida. (N. del T.)

sidad de dividirse cuando más le convenía estar reunido para hacer frente á los ingleses. Grande habilidad iba á tener que desplegar en breve el general en jefe en aquella posición, ya para sostenerse en Portugal, si esto era posible, ya para salir de allí sin desastre, dado que hubiese que batir retirada en presencia de un enemigo excesivamente superior en número. Declaróse el mariscal Soult gobernador general de Portugal, hizo lo que pudo para apaciguar la población, dictó órdenes para que á sus espaldas acudiesen de Braga á salvar el depósito de Táy y despachó varios oficiales á Madrid por la vía que él había tomado para hacer saber la situación crítica en que no podría menos de encontrarse en breve. Era muy probable que ninguno de los oficiales despachados pudiese llegar á su destino, y éste era cabalmente uno de los peligros de su situación; y la causa de esta interceptación era el general La Romana. Este general español, olvidado por el mariscal Soult, que no se había curado de batirle antes de internarse en Portugal, favorecido por la ausencia del mariscal Ney, que había tenido que bajar al litoral para cortar las comunicaciones con los ingleses desde el Ferrol hasta Vigo; este general, pues, había invadido la región montuosa que forma la alta Galicia y la frontera del reino de León. Con su influencia y propagando las noticias del Austria, había soliviantado la población del Norte, aterrada momentáneamente con la campaña de noviembre y diciembre. La partida de la guardia imperial, que en aquella época (marzo de 1809) se había puesto en camino como dejamos dicho atrás, para trasladarse al Danubio, había agravado aquella especie de recrudescencia del espíritu de insurrección. De modo que el mariscal Ney en el litoral y el mariscal Soult en Oporto estaban como separados del resto de España por una vasta insurrección que, aunque no produjese un ejército formal, era bastante para asesinarlos los enfermos y los correos, y para interceptar casi siempre nuestros más defendidos convoyes.

Desde el 24 de febrero ignorábase en Madrid lo ocurrido al mariscal Soult, pero se confiaba en la fuerza de su cuerpo de ejército y en su experiencia de la guerra; no se dudaba de su triunfo, y solamente se contaban los días que pasaban para saber cuáles eran los lugares que recorría. Con la seguridad que había inspirado de que llegaría á Oporto á principios de marzo, cuando sólo pudo llegar para el 29 del mismo mes, había hecho creer que muy pronto estaría en Lisboa, y que, naturalmente, estaría allí luchando con las mayores dificultades; y decíase que por fin era menester enviar al mariscal Víctor al Mediodía de la Península para que con su prudencia pudiese entretener á una parte de los enemigos, que, sin esta precaución, caerían en masa sobre el ejército de Portugal. Nada en verdad era más razonable, porque los ingleses y los portugueses mismos (como lo probaron después los sucesos) no podían ver inactivos que un ejército francés marchase sobre Mérida y Badajoz.

Así, pues, el estado mayor de José reiteró al mariscal Víctor la orden de hacer cumplir la parte que le concernía en las instrucciones imperiales. Este mariscal opuso á dicha orden varias objeciones fundadas en la dispersión actual de su cuerpo de ejército; porque efectivamente sólo tenía á su disposición entonces las divi-

siones de Villate y Ruffin. La división Lapisse se hallaba aún en Salamanca, y decía que antes de que llegara á incorporarse, atravesando toda la Extremadura abajo, podría tal vez ser detenida para cubrir el servicio de Castilla ó de Portugal; que en tal caso, aun contando con la división alemana de Leval que se le había agregado, no le quedarían arriba de veintitrés mil hombres, fuerza demasiado escasa para invadir la Andalucía, donde el general Dupont había sucumbido con un número de soldados por lo menos igual. Se le contestó que ya se había dado á la división Lapisse la orden terminante de seguirle, que con la parte de caballería que se le había adjudicado y los alemanes de la división de Leval, reuniría veinticuatro mil hombres, y que esta fuerza era suficiente para comenzar su movimiento ofensivo, sobre todo asegurándosele por otra parte que tendrían en breve consigo á la división Lapisse, y que cooperaría con él un cuerpo de ejército que iba á salir de Madrid para atravesar la Mancha y dirigirse á Sierra Morena. No faltaba razón para insistir en la orden comunicada al mariscal Víctor, porque además de la necesidad de operar hacia el Mediodía con un movimiento paralelo al del mariscal Soult, había otro motivo no menos perentorio para maniobrar en aquella dirección, que era el de impedir que el general D. Gregorio de la Cuesta se estableciese á la izquierda del Tajo enfrente del puente de Almaraz. En efecto, el general español, poco molestado durante el último mes por aquel lado, había ocupado la margen izquierda del río, destruído el arco grande del puente de Almaraz y tomado una fuerte posición en las escarpadas alturas que retrata el Tajo, de las cuales no iba á ser posible desalojarlo si no se emprendía con tiempo la acometida.

Cediendo á estas razones y á las reiteradas órdenes que había recibido, emprendió su marcha el mariscal Víctor á mediados de marzo. El cuarto cuerpo antiguo, puesto el año anterior á las órdenes del mariscal Lefebvre, fué en parte reorganizado bajo las del general Sebastiani, y encaminado á Ciudad Real para verificar en la Mancha un movimiento análogo al del mariscal Víctor en Extremadura, y atraer hacia aquella parte al ejército de Cartaojal mientras tuviese el mariscal que habérselas personalmente con el ejército de D. Gregorio de la Cuesta. El cuarto cuerpo, compuesto anteriormente con la división de Sebastiani, los alemanes de Leval y los polacos de Valence, conservó las mismas divisiones, exceptuados los alemanes, puestos á disposición del mariscal Víctor. Completado con los dragones de Milhaud, adelantóse por la Mancha con unos doce ó trece mil hombres.

El primer cuidado del mariscal Víctor debía ser atravesar el Tajo, para lo cual no bastaban los puentes de Talavera y del Arzobispo, por cuanto no conducían á la carretera de Extremadura, que era la de Trujillo y Mérida. El verdadero punto por donde había que pasar el Tajo para tomar la carretera mencionada era Almaraz, cuyo famoso puente, fábrica colosal y suntuosa de los tiempos antiguos (1), había sido cortado por su arco

(1) El puente de Almaraz no era obra de los tiempos antiguos, aunque por la solidez y magnificencia de su estructura pudiera compararse con las famosas fábricas romanas: fué construído en tiempo de Carlos I por el arquitecto español Pedro Uria. (N. del T.)

principal, de más de cien pies de elevación y anchura (2). No habiendo en parte alguna materiales á propósito en España por la falta de comercio interior, no sabían los nuestros cómo hacer para establecer allí un puente; así que el mariscal Víctor se encontraba en pleno marzo tan atrasado por lo tocante á aquel punto de sus instrucciones, como en los primeros días de febrero. Enviáronle de Madrid algunos elementos con los generales Lery y Senarmont, los cuales con grandes esfuerzos lograron construir un puente de balsas adecuado para la artillería de grueso calibre. El 15 de marzo se puso el mariscal Víctor en camino hacia Talavera con su cuerpo, que, esperando la llegada de la división Lapisse, comprendía las divisiones francesas de Villate y Ruffin, la división alemana de Leval, la caballería ligera de Lassalle y los dragones de Latour-Maubourg, que formaban un total de veintitrés á veinticuatro mil hombres: quince ó diez y seis mil de infantería, seis mil de caballería y dos mil de artillería.

El mariscal Víctor para facilitar el pasaje atravesó el Tajo en tres columnas. Lassalle y Leval le pasaron por el puente de Talavera; Villate y Ruffin por el del Arzobispo, mientras Latour-Maubourg con la gruesa artillería bajaba por la izquierda del río hasta Almaraz, por donde debía pasar lo más embarazoso del material. Las dos primeras columnas, compuestas de caballería ligera é infantería, debían desalojar de sus escarpadas posiciones á D. Gregorio de la Cuesta, y, hecho esto, darse la mano antes de llegar á Almaraz con la caballería de línea y el tren de sitio.

Cumplióse estas disposiciones según se habían concebido. Los alemanes de Leval se condujeron como dignos aliados de los franceses, á cuya vista peleaban: llegaron, pasado el Tajo, al pie de aquellas alturas casi inaccesibles, donde tantas ventajas hallaban la agilidad de los infantes españoles y su tenaz ardimiento cuando podían ampararse con obstáculos materiales; despejaronlas, fuéronlos persiguiendo de roca en roca hasta la Mesa de Ibor, quitáronles siete cañones y les mataron é hirieron cerca de mil hombres. Entretanto, la valiente división de Villatte, desembocando tras de los alemanes por el puente del Arzobispo, apoyaba su movimiento tomando posición en Fresnedoso y Deleitosa después de varios impetuosos y felices encuentros. Limpio el camino de Extremadura con esta marcha combinada, los dragones de Latour-Maubourg pudieron ya presentarse con el tren de sitio delante del puente de Almaraz, que se acababa de restablecer en aquel momento y se procuraba por todos los medios hacer servible para los mayores pesos: diligencia nada inútil por cuanto Napoleón había mandado agregar al cuerpo de Víctor varias piezas de á veinticuatro y algunos obuses, para batir los muros de Sevilla caso de oponer resistencia.

El general Cuesta, que había contado con los obstáculos naturales que presenta la orilla izquierda del Tajo para resistir el movimiento de los franceses, se replegó á Trujillo el 16 de marzo, y de Trujillo á Mérida para probar una nueva resistencia al amparo del Guadiana. Siguióle el mariscal Víctor con su caballería ligera y su infantería, aunque sus dragones y su gruesa artillería no

(2) Más de cien pies tenía en efecto el ojo principal de aquel puente, pues su abertura excedía de ciento cincuenta. (N. del T.)